

Las elecciones en la Argentina: entre dispersión política y voto bronca*

Yann Basset

La renuncia del presidente de la República Fernando De La Rúa, ante la agudización de la crisis financiera y la movilización callejera de los días 19 y 20 de diciembre de 2001, dejó a la Argentina en una situación de efervescencia política y social, sobre un trasfondo de maniobras electorales con la perspectiva puesta en las próximas elecciones presidenciales. Por medio de estas elecciones, a llevarse a cabo en 2003, se designará al sucesor del actual presidente Eduardo Duhalde. Sin embargo, la magnitud de la crisis que sigue azotando al país produce mucha incertidumbre sobre lo que pueda resultar de este escrutinio. Las últimas elecciones legislativas organizadas el 14 de octubre de 2001, plantearon una escena particularmente difícil. Si bien el entonces opositor partido justicialista ganó en forma incontestable en esta ocurrencia, lo hizo con menos votos que los que había obtenido su candidato a presidente dos años antes, en la derrota más importante del justicialismo en la década de los noventa. Las últimas elecciones legislativas dejaron un panorama de profundo debilitamiento de los grandes partidos argentinos y de un inédito crecimiento de un voto protesta cuya forma más espectacular fue la inclinación, de un cuarto de los votantes, hacia el voto blanco y nulo. Este resultado, así como las amenazas centrípetas de provincialización del voto significan un serio desafío para los can-

didatos a la primera magistratura del país y particularmente para los representantes del tradicional bipartidismo argentino.

En este artículo, intentaremos plantear la escena electoral argentina, ubicándola en la perspectiva del debilitamiento del sistema partidario argentino. Este debilitamiento tiene varias dimensiones que nos llevarán a explorar la complejidad del sistema político-electoral argentino, más allá de la coyuntura de crisis.

1. La arquitectura del sistema político-electoral argentino

Como casi todos los países de América Latina, la Argentina tiene un sistema de gobierno fuertemente presidencialista. Pero el país heredó también de su historia un carácter federal marcado que representa un elemento quizás mucho más importante que el poder legislativo, como contrapeso frente a la Casa Rosada. Este sistema tiene una serie de consecuencias importantes sobre los partidos y la forma de hacer política en la Argentina.

1.1 Presidencialismo y bipartidismo personalizado

El presidencialismo es un rasgo bien conocido del sistema político argentino. La centralidad de la figura del presidente de la República no fue realmente cuestionada por la democracia, lo que permitió una continuidad en el ejercicio personal del poder supremo, que fue incluso reforzado durante el primer mandato de Carlos Menem (1989-1995)¹. Pero la diferencia mayor con otros países del continente radica en el hecho de que este poder central personalizado llegó a contagiar al sistema partidario, que se construyó históricamente alrededor de grandes figuras como Hipólito Yrigoyen para la Unión Cívica Radical (UCR) y Juan Domingo Perón para el Partido Justicialista (PJ). La noción de “liderazgo” es ineludible para entender la formación de los grandes partidos argentinos, con la adhesión o rechazo a los fundadores primando sobre la cohesión ideológica, e incluso sobre la organización partidaria. Las identidades radical y peronista llegaron a ser nociones que van mucho más allá de las estructuras de la UCR y del PJ y de sus respectivos líderes, quienes intentan permanentemente movilizarlas y reformularlas².

De esta manera, asistimos en los 15 primeros años del período democrático a una reestructuración del sistema partidario argentino alrededor de la oposición entre la UCR y el PJ. Desde 1983, la UCR fue dominada por la figura de Raúl Alfonsín, quién estuvo a cargo de la presidencia de la República de 1983 a 1989. El PJ por su parte, después de una lucha entre “renovadores” y “ortodoxos”, se entroncó detrás de Carlos Menem quién sucedió a Alfonsín y fue reelecto en 1995.

De 1983 a 1995, el bipartidismo PJ/UCR monopolizó más de 70% de los votos en todas las elecciones nacionales dejando poco espacio a los partidos provinciales, y otras pequeñas fuerzas nacionales. A principios de los años 1990, apareció una nueva fuerza con el Frente Grande, que reunía desprendimientos del PJ, así como algunas fuerzas menores. A partir de este núcleo se articuló para las elecciones de 1995 el Frente País Solidario (FREPASO) que llegó a abrir una brecha en el bipartidismo argentino, obteniendo más de 20% de los sufragios en las legislativas, y sobre todo, desplazando al candidato radical en los comicios presidenciales del mismo año al tercer puesto³. Pero la formación de la Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación entre la UCR y el FREPASO, en las elecciones legislativas de 1997, permitió reconstituir e incluso pareció reforzar en un primer momento el bipartidismo argentino con la victoria de Fernando De La Rúa y Carlos “Chacho” Álvarez en las presidenciales de 1999, frente al PJ representado por Eduardo Duhalde⁴.

Este panorama dicotómico y personalizado, claro y bien ordenado, es lo que destaca una primera aproximación exterior a la vida política argentina, pero vamos a ver que la realidad es mucho más compleja.

1.2 Federalismo y liderazgos múltiples

La unificación política de la República Argentina fue un proceso largo y conflictivo. El siglo XIX fue dominado por la lucha entre el centro y la periferia, y el sistema político institucional argentino lleva la marca de este conflicto. Detrás de los clivajes centrales de la vida política argentina, se puede vislumbrar el fuerte peso del federalismo y de las culturas políticas provinciales. Cada una de las 24 provincias de la República tiene su gobierno, su constitución y su campo político propio⁵. Un análisis territorial de los resultados electorales nacionales muestra el fuerte peso de los particularismos provinciales y la fuerte influencia del nivel provincial sobre el nivel nacional.

El peso de las culturas políticas provinciales se destaca, particularmente, por el protagonismo fuerte de partidos provinciales en los casos de Neuquén, Tucumán, Corrientes, Tierra de Fuego, Mendoza, Salta, o San Juan. Pero aún cuando los dos grandes partidos nacionales dominan la escena política provincial, existe un peso propio de liderazgos locales que mengua la influencia de los aparatos nacionales. Algunos líderes provinciales detentan la realidad del poder partidario en sus provincias desde hace largo tiempo, particularmente, para el PJ, con Alfonso Rodríguez Saá en San Luis, Carlos Juárez en Santiago del Estero, Juan Carlos Romero en Salta, etc. Este peso de los liderazgos provinciales implica a su vez una cierta provincialización de las instancias partidarias que condiciona en buena medida las elecciones legislativas

nacionales. Cada provincia elige “sus” representantes nacionales y los líderes locales tienen un papel clave en la designación de los candidatos.

Hay que añadir a eso que las elecciones nacionales argentinas se realizan muy a menudo simultáneamente con elecciones locales, lo que crea un “efecto arrastre”, de un escrutinio sobre el otro.

Todo eso muestra que las elecciones nacionales en la Argentina están fuertemente mediatizadas por consideraciones locales, particularmente en el caso de las elecciones legislativas. Constatamos así una importante disparidad territorial del voto a las elecciones nacionales, en la que se puede vislumbrar coherencias provinciales que las únicas apuestas nacionales no podrían explicar. Simplificando un poco, podríamos decir que los dos partidos grandes reproducen y amplifican la estructura federal del Estado argentino⁶.

Por eso, los actores centrales en el marco del bipartidismo argentino tienen que tomar en cuenta las fuerzas provinciales, incluso dentro de sus propias estructuras. La designación de candidatos a la presidencia de la República depende, en parte, de sus capacidades para recoger la aprobación de los líderes provinciales del partido.

Pero paradójicamente, una vez designado, el candidato tiene que dar a su postulación un sentido nacional para recoger una aprobación más allá de las clientelas tradicionales de su partido. Eso es sin duda uno de los requisitos para ganar una elección nacional en la Argentina.

La elección de 1999 fue paradigmática al respecto. El binomio De La Rúa-Álvarez supo dar a su postulación una significación nacional de ruptura con la era Menem, encarnando un proyecto ético y progresista. Los resultados electorales reflejaron este sentido nacional. El voto alianza en las presidenciales de 1999 alcanzó buenos niveles en todo el territorio nacional. En cambio, la fórmula Duhalde-Ortega quedó atrapada en la geografía electoral tradicional del PJ, llegando a muy buenos resultados en los baluartes peronistas como el conurbano de Buenos Aires o las provincias norteñas de La Rioja, Santiago del Estero, etc. pero sin convencer mucho fuera de ellos.

Para terminar señalemos, a propósito de esas mismas elecciones, un fenómeno que actúa como “excepción que confirma la regla” de la provincialización electoral. Como hemos dicho, se realizan muy a menudo, simultáneamente, elecciones provinciales y nacionales. Fue el caso en 1999 cuando se eligió, al mismo tiempo en algunas provincias, el gobernador y el presidente de la República, particularmente en la provincia de Buenos Aires, la más grande del país. Siendo esta provincia considerada como tierra peronista, la elección a gobernador tendía a favorecer a Duhalde en la presidencial, llevando las boletas del PJ el nombre de Duhalde como candidato a la presidencia y el de Carlos Ruckauf como candidato a la gobernación. Pero los

electores tenían la posibilidad de cortar la boleta para elegir candidatos de partidos diferentes según el cargo. En este caso, el corte de boleta favoreció, para la presidencia, a De La Rúa, que se impuso con 44,5% en la provincia de Buenos Aires, pero permitió a Ruckauf conservar la gobernación para el PJ con 42,5% (contra 41,5% del candidato de la Alianza). En este caso, el corte de boleta permitió una mayor distinción del nivel nacional y provincial, pero la regla sigue siendo la imbricación de estos dos niveles, y como consecuencia de ello, la irrupción de los juegos políticos provinciales en las elecciones nacionales⁷.

2. Las elecciones legislativas de 2001

Las elecciones legislativas del 14 de octubre de 2001 acontecieron en lo que hubiera sido la mitad del mandato del presidente Fernando De La Rúa, para renovar la mitad de la Cámara de Diputados, y la totalidad del Senado. Sin embargo, la administración De La Rúa ya se encontraba desgastada por sus contradicciones internas y las crecientes dificultades económicas. A un año de asumir, el vicepresidente Álvarez renunció después del escándalo consecutivo a las denuncias sobre sobornos en el Senado Nacional. Esta renuncia dejó la Alianza debilitada. El FREPASO fue poco a poco marginalizado, lo que quedó particularmente claro cuando el presidente llamó a Domingo Cavallo, ex ministro de economía de Menem, para encargarse de la área económica. Estos sucesos tuvieron lugar sobre un trasfondo de aceleración de la crisis económica y de sucesivos planes de recorte del presupuesto público y de los salarios de los empleados estatales, que alentaban un clima de descontento general.

2.1 La caída del bipartidismo

En este contexto, la Alianza ya había virtualmente desaparecido antes de los comicios de octubre, y quedaba representada básicamente por sectores de la UCR, a veces muy críticos del gobierno que supuestamente apoyaban. Su derrota era entonces esperada.

Lo que sí sorprendió más, fue que la caída de la Alianza no fue aprovechada por el PJ. Este último ganó, pero con apenas el 35% de los votos positivos, mientras la Alianza caía al 22,2%. Así, por primera vez en el período democrático, los dos grandes bloques políticos argentinos no alcanzaban el 60%. El 40% restante se repartió entre los partidos provinciales, las pequeñas fuerzas tradicionales y nuevas formaciones como el ARI (Alternativa para una República de Iguales) de la diputada Elisa Carrió, que, con un discurso anti-corrupción, llegó a reunir más del 7% de los

votos positivos. Las divisiones de los grandes partidos, como la del PJ en la Capital Federal o La Rioja, concurren también a este resultado.

TABLA 1
Evolución del voto a diputados nacionales entre 1999 y 2001

	Diputados 2001		Diputados 1999		Diferencia (2001-1999)				
	Votos	% emitidos % positivos	Votos	% emitidos % positivos	Votos	% emitidos % positivos			
PJ	4 920 144	27,13	35,01	6 110 637	30,81	33,00	-1 190 493	-3,68	2,01
Alianza	3 120 692	17,21	22,21	8 091 389	40,80	43,70	-4 970 697	-23,59	-21,49
ARI	1 023 077	5,64	7,28	-	-	-	1 023 077	5,64	7,28
Polo Social	578 556	3,19	4,12	-	-	-	578 556	3,19	4,12
Acc/Rep.*	173 408	0,96	1,23	1 429 725	7,21	7,72	-1 256 317	-6,25	-6,49
Otros	4 236 449	23,36	30,15	2 884 782	14,55	15,58	1 351 667	8,81	14,57
Votos positivos	14 052 326	77,48	100	18 516 533	93,37	100	-4 464 207	-15,89	-

*Se contaron los votos de Acción por la República solamente cuando este partido presentaba candidatos propios, lo que subestima su peso real en 2001.

Fuente: Dirección Nacional Electoral - Departamento de Coordinación Estadística, Ministerio del Interior. Para 2001 datos provisorios, 98,58% mesas escrutadas.

Con este escrutinio, el oficialismo quedaba sin mayoría en el Parlamento, pero sobre todo, con una importante derrota en las urnas, cuya magnitud ponía en peligro la misma legitimidad del gobierno. En dos años de gestión, la Alianza perdió más de la mitad de su peso electoral.

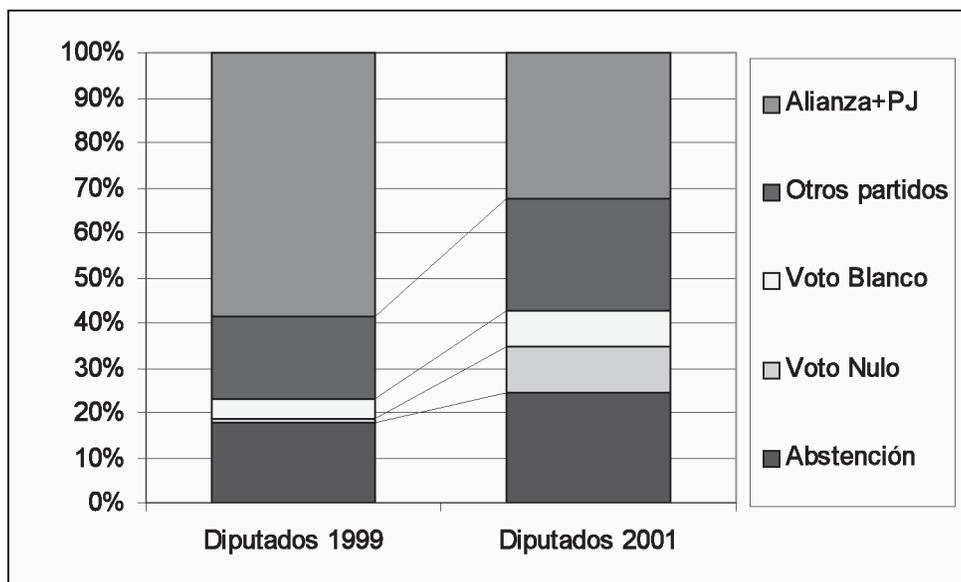
Sin embargo, el PJ difícilmente se encontraba en posición de ofrecer una alternativa, porque si bien aumentó en porcentaje, perdió más de un millón de votos. Esto le permitía conservar su mayoría de 39 escaños sobre 72 en el Senado, pero no alcanzaba más que para ser la primera minoría en la Cámara, con 115 diputados sobre 229.

2.2 El voto bronca

Pero el cambio en la correlación de fuerzas no fue el hecho más espectacular en las elecciones de octubre de 2001. La progresión más fuerte fue la del voto negativo, que llegó al inédito nivel de 24% de los votos emitidos. Dentro del voto negativo, se destacó el voto nulo con más del 13%. A esto, tenemos que añadir una importante progresión de la abstención (24,5% contra 17,8% en 1999), particularmente en las regiones centrales del país en las que la participación suele ser más fuerte.

Así que muchos ciudadanos decidieron utilizar la elección para expresar su protesta, negándose a elegir cualquiera de las fórmulas propuestas.

Recapitulando todo esto, si tomamos como referencia el total de los electores hábiles en la Argentina, obtenemos el gráfico siguiente:



Vemos que, si en 1999 casi el 80% de los electores potenciales argentinos votaron por algún partido, y casi el 60% dentro del bipartidismo tradicional, el nivel de voto positivo en 2001 no llega al 60%, y solamente el 30% de los electores siguen dentro del bipartidismo.

Por supuesto, cabe mencionar que las elecciones de 1999 y 2001 no son exactamente comparables. No hay que olvidar que las elecciones legislativas de 1999 fueron combinadas con presidenciales, y, en algunos casos, con elecciones a gobernador. Así que las elecciones a diputados nacionales en 1999 se beneficiaron con un efecto arrastre importante, lo que no fue el caso en 2001. Sin embargo, el hecho en sí no deja de ser ilustrativo. Muestra que, en ausencia de liderazgos fuertes, o sea, si las elecciones no son personalizadas nacionalmente, los grandes partidos ya no son capaces de movilizar una mayoría del electorado en su favor. No parece exagerar demasiado decir, incluso, que los votantes en blanco y los que anulaban el voto se movilizaban en contra de ellos, si tomamos en cuenta el hecho de que reúnen lo esencial de la clase política nacional. La forma en que se anuló el voto fue ilustrativa. Muchos se contentaron con desgarrar o tachar las boletas, pero otros dieron prueba de una inventiva que desmentía toda acusación de falta de interés por la cosa pública, apatía, etc. Así, unos confeccionaron su propia boleta con nombres de grandes personajes de la historia nacional, otros buscaron diferentes

medios para expresar su rechazo a la corrupción. En pocas palabras, se trató de subvertir el sentido de la elección, transformándola en referéndum en contra de los dirigentes políticos tradicionales.

En alguna medida, el voto bronca que se manifestó en los comicios de octubre anticipó la consigna “Que se vayan todos”, que fue el lema de las movilizaciones sociales del año 2002.

2.3 *La provincialización del voto*

Queda claro que con estos resultados, ningún bloque estuvo en condiciones de trascender su geografía electoral tradicional. La Alianza perdió los espacios ganados en 1999, replegándose en sus baluartes, o sea básicamente, en las provincias que controla como Catamarca, Chaco, Chubut o Río Negro. Esto ilustra el juego pendular entre el nivel provincial y nacional al que aludimos. Finalmente, en ausencia de referentes nacionales positivos, la Alianza pudo limitar sus pérdidas únicamente en las provincias donde existía una opinión favorable hacia su protagonismo político, que pudo sustituir a la opinión nacional deficiente. Muy a menudo, esta opinión favorable provincial se definió con marcadas reservas con respecto al gobierno De La Rúa. Las posiciones críticas de Angel Rozas, gobernador del Chaco y líder de la UCR o incluso del candidato aliancista a senador nacional por la Capital Federal, Rodolfo Terragno, son un ejemplo de esta tentativa de disociar los dos niveles. Eso significa que tampoco el 22,2% de votos positivos de la Alianza pueden ser interpretados como un apoyo al gobierno nacional.

Pasa algo parecido con el PJ, pero por otras razones. La carencia de significación nacional del voto PJ tiene que ver con las profundas divisiones del justicialismo. La salida de Menem como referente central al final de su gobierno dejó un lugar vacío que despertó muchas rivalidades entre personalidades como Eduardo Duhalde y Carlos Ruckauf en Buenos Aires, José Manuel De La Sota en Córdoba, Carlos Reutemann en Santa Fe, etc. Esta ausencia de líder incontestable, así como las vacilaciones sobre la línea a asumir tanto frente al gobierno De La Rúa como a la herencia de la gestión de Menem, alentaron también a una provincialización del voto PJ. Algunas provincias gobernadas por el PJ obtuvieron un nivel de voto muy superior al promedio del partido. Ese fue el caso para La Rioja, la provincia de Carlos Menem; San Luis, la provincia de Rodríguez Saá; Salta, de Juan Carlos Romero o Santa Cruz, de Néstor Kirchner. En las grandes provincias centrales, tradicionalmente más abiertas, como Córdoba, Mendoza, Santa Fe, e incluso Buenos Aires, el PJ no tuvo un desempeño particularmente bueno. Eso nos lleva a decir que tampoco el voto PJ alcanzó un sentido nacional claro.

3. Panorama pre-electoral para 2003

Así, las elecciones legislativas de 2001 dejaron un panorama electoral bastante deprimido y confuso. Por supuesto, los acontecimientos que siguieron no contribuyeron a clarificar la situación. La aplicación de restricciones bancarias — el tristemente famoso “corralito” — en diciembre, por parte del gobierno De La Rúa, desencadenó una movilización callejera y una serie de saqueos que lo llevaron a dictar el Estado de sitio. Finalmente, De La Rúa renunció el 20 de diciembre ante la agudización de la situación social, dejando el poder en manos de un Congreso que designó al peronista Adolfo Rodríguez Saá como presidente. Este tuvo que declarar el “default”, antes de renunciar finalmente a su vez, luego de apenas una semana de gestión. El Congreso designó finalmente a Eduardo Duhalde para asumir la presidencia hasta las próximas elecciones presidenciales, inicialmente previstas para diciembre del año 2003.

3.1 *Dispersión e incertidumbre*

La situación de emergencia en la que se encontraba la Argentina a principios del año 2002 dibujó un eje bonaerense de apoyo al nuevo gobierno. Duhalde es el máximo referente del peronismo en la provincia de Buenos Aires y obtuvo al principio de su gestión el apoyo de la UCR de esta misma provincia, cuya figura más importante es el senador nacional y ex-presidente de la República, Raúl Alfonsín. Así, el clivaje centro/periferia sustituía al eje bipartidista tradicional como referencia del campo político argentino. Esto ilustra la situación de descomposición del bipartidismo en la que se encuentra la Argentina⁸.

En este contexto, la incertidumbre es total en cuanto a lo que pueda ocurrir en las próximas elecciones. La debilidad del gobierno de Eduardo Duhalde, que no salió de las urnas sino de un Congreso que tampoco tiene mucha aceptación en la sociedad, como lo demostraron las elecciones de octubre 2001, y como lo recuerdan permanentemente las protestas sociales en nombre del “que se vayan todos”, obligó al presidente a adelantar las elecciones presidenciales para el mes de marzo de 2003.

A pocos meses de estos comicios, el FREPASO desapareció y la UCR quedó muy debilitada. El primero se dividió entre un sector que se sumó al ARI de Elisa Carrió, otros que se juntaron con la UCR, y el núcleo del Frente Grande, que recobra su identidad propia en torno al gobernador de la ciudad de Buenos Aires, Aníbal Ibarra. Los principales pre-candidatos de la UCR, entre los cuales contamos al senador de la capital Rodolfo Terragno y a Leopoldo Moreau, tomaron distancia de la gestión de De La Rúa, pero tendrán mucha dificultad para evitar al partido otra derrota. La organización antigua del partido lo preserva, a corto plazo, del peligro

de desaparecer, pero las encuestas auguran poco apoyo a cualquier candidato radical.

El PJ, por su parte, se encuentra frente a la incierta tarea de preservar su cohesión interna con un candidato que sea capaz de reunir a sus diferentes sectores. Las encuestas indican que el gobernador de Santa Fe, Carlos Reutemann, sería su candidato con mayor chance. Pero éste rechazó varias veces la proposición de ser candidato, dejando el partido dividido entre Carlos Menem, que busca una nueva elección, José Manuel De La Sota, el Gobernador de Córdoba quien tiene el visto bueno de Eduardo Duhalde, y otros postulantes. Parece, por el momento, que ninguno de ellos reúne más del 20% de intención de voto.

Es significativo que los candidatos con mayor adhesión hasta el momento se presenten fuera del bipartidismo tradicional. Entre ellos, contamos dos peronistas que pretenden retomar la tradición nacional-popular por fuera del partido justicialista. Se trata del ex-Presidente Adolfo Rodríguez Saá que tiene a su favor el hecho de haber declarado el “default”, lo que le confiere una cierta aura antiimperialista, y del Gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner.

La izquierda, por su parte, ha intentado utilizar la movilización popular para pedir la renovación total de los mandatos, porque si bien las presidenciales fueron adelantadas, no fue el caso de las legislativas que sólo tendrían lugar al final del año 2003. Este sector de la oposición considera que esta disociación es una maniobra del gobierno para que los partidos tradicionales puedan conservar el control del parlamento aunque fueran derrotados en la presidencial. Con la consigna de la renovación total de los mandatos, se articuló en agosto de 2002 un frente entre el ARI de Elisa Carrió, el partido Autodeterminación y Libertad del diputado Luis Zamora, que realizó un buen resultado en la capital en octubre de 2001, y el líder de la central sindical CTA. El mayor partido de la izquierda radical, Izquierda Unida (IU), se sumó también a esta iniciativa. Esta aproximación entre las principales fuerzas de izquierda abría la posibilidad de articular una alianza electoral inédita, pero parece que el fracaso en la demanda de renovación de los mandatos legislativos cerró la posibilidad de la unificación de este sector. Existen muchas diferencias en cuanto a la estrategia adecuada. Luis Zamora defiende la idea de una “abstención programática” que consistiría en presentar boletas sin candidatos. Por su parte, Elisa Carrió, quien es una de las personalidades con mayor apoyo en las encuestas, quiere presentarse, y pretende transformar su partido en un bloque capaz de sustituir a la Alianza dentro de un bipartidismo renovado.

En fin, es todavía muy temprano para imaginar los escenarios posibles en las elecciones de marzo, pero lo que parece bastante claro, es que el bipartidismo, en el marco del cual se desarrollaron todas las elecciones de 1983 hasta ahora, dejará de estructurar la escena electoral. Es más probable que asistamos a la constitución de movimientos y frentes *ad hoc* como es el caso con Adolfo Rodríguez Saá, quien se

aproximó a personalidades tan diversas como el ex *carapintada*⁹ Aldo Rico, el dirigente sindical Hugo Moyano, o Raúl Castells, líder de los movimientos sociales de jubilados. Este ejemplo muestra a que punto el juego queda abierto a mucho tipo de combinaciones.

3.2 *El debate sobre las internas*

El debate sobre las elecciones internas en los partidos es sin duda, uno de los temas más discutidos durante este fin del año 2002. El gobierno de Duhalde tomó la iniciativa de un decreto obligando a cada partido, candidato en las elecciones presidenciales, a organizar elecciones internas simultáneas en todos los partidos, y abiertas a cada ciudadano. La medida fue presentada como una manera de abrir los partidos a los reclamos de la sociedad, y de ahí para alentar una mayor transparencia en el sistema partidario. Detrás de las razones avanzadas por el presidente, estaba el problema de la designación del candidato del PJ, el único partido que tiene varios postulantes con posibilidades de ser electos. La pugna entre los principales líderes del PJ complicó singularmente el tema, con cada uno presentando su proyecto para la organización de internas, y defendiendo modalidades que esperaba más favorables para su propia candidatura. Al final, el debate deja un sabor a maniobra electoral que contrasta con la supuesta preocupación inicial por asegurar mayor transparencia.

Un sector del justicialismo llegó a proponer la anulación del decreto sobre las internas, y el cambio de la ley electoral, para solucionar el problema directamente en las urnas mediante un sistema parecido a la Ley de Lemas. La idea es instalar un sistema de doble vuelta, en el que cada partido (o “lema”) pueda presentar varios candidatos (“sublemas”) en la primera vuelta. En caso de que ningún candidato llegue a la mayoría absoluta, habría una segunda vuelta entre los sublemas más votados de los dos lemas más votados. Este complejo sistema, supuestamente, aseguraría la presencia de un candidato del PJ en la segunda vuelta, transformando sus divisiones en fuerza.

Este proyecto es muy contestado por varios sectores, tanto de adentro como de afuera del PJ. Lo cierto es que, si bien este sistema puede mantener artificialmente la unidad de los grandes partidos, no parece adecuado para clarificar la situación política. Las experiencias de utilización de la Ley de Lemas en varias provincias del país como, por ejemplo, en Santa Fe, nos llevan a pensar que complican inútilmente la elección¹⁰.

En todo caso, sea cual fuere la forma en que se resuelva la cuestión de las internas partidarias, lo cierto es que no podrán disimular el debilitamiento de los grandes partidos políticos argentinos. La geografía electoral de los partidos se parece cada vez más a un queso de Gruyère y existe incluso el peligro de que pierdan la dimensión de partido nacional, para pasar a ser meras federaciones de fuerzas

provinciales. En este contexto, por primera vez desde hace veinte años, se abre la posibilidad de que un presidente de la República sea electo por fuera del bipartidismo.

4. Conclusión: ¿hacia el debilitamiento del sistema político nacional?

Las elecciones presidenciales de 2003 serán, sin duda, las más disputadas de la historia democrática argentina. La incertidumbre nacida de la crisis generalizada que vive el país está acentuada por el profundo debilitamiento del bipartidismo como referente de la vida política nacional.

Aunque el PJ gane las elecciones y logre mantener una cohesión mínima, las divisiones que se agudizaron en su seno dejarán huellas. La UCR por su parte, difícilmente podrá mantenerse como una de las dos alternativas políticas mayoritarias. En este contexto, existe un espacio vacío en el campo político que muchos pretenden ocupar, sin que se dibuje hasta ahora ninguna fórmula capaz de concentrar un apoyo mayoritario.

El fraccionamiento del sistema partidario abre entonces muchas posibilidades de reorganización, pero parece, por el momento, que las fuerzas de dispersión superan las lógicas de concentración. El próximo presidente corre el peligro de asumir con pocos apoyos dentro del campo político y sin mayoría en el Congreso. En estas condiciones, quizás las elecciones de marzo no bastarán, por sí solas, para revertir la tendencia al debilitamiento del poder central que implicó la crisis.

El mayor peligro es que se reanude un fuerte voto bronca que quite, aún más, legitimidad al sistema político. A priori, las elecciones presidenciales no son tan permeables a este tipo de expresión como las legislativas. Pero esta consideración no bastará para tranquilizar a los políticos argentinos. Más allá de la selección de los futuros gobernantes, el desafío mayor para las elecciones de marzo es precisamente éste: insuflar a un sistema político sin aliento un soplo de legitimidad.

Yann Basset

IHEAL, Universidad de la Sorbona, Francia

Notas

*Los mapas presentados al final de este artículo fueron realizados por el autor con el software Philcarto 2.x. para Windows (<http://perso.club-internet.fr/Philgeo>). Presentan resultados oficiales del Ministerio del Interior de la República Argentina en porcentajes de votos emitidos en cada departamento. En los casos de las provincias de Catamarca, Corrientes, San Luis y Tucumán, los datos de 2001 son datos provisorios del mismo Ministerio, para los cuales codificamos como “sin datos” los casos en que tomaban en cuenta menos del 90% de las mesas escrutadas. Este artículo presenta, en negro y blanco, los mapas, en colores, contenidos en el CDROM Mapas Electorales de América Latina.

1. Vease Marcos Novaro, 1994.

2. Vease Gerardo Aboy Carlés, 2001.

3. Carlos Menem ganó las elecciones presidenciales de 1995 por el PJ con 49% de los votos, seguido por el frepasista Bordón (29%) y quedando tercero el radical Massaccesi (17%).

4. Las elecciones internas de la Alianza designaron como candidato a la Presidencia en 1999 al radical Fernando De La Rúa frente a la frepasista Graciela Fernández Mejjide. Carlos Álvarez del FREPASO fue elegido como su acompañante de fórmula.

5. La República Argentina esta dividida en 23 provincias con sus respectivos gobiernos, a los cuales se añade, desde la reforma constitucional de 1994, el gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

6. Este peso del nivel provincial en las elecciones nacionales explica, en parte, las dificultades que enfrentan los pequeños partidos candidatos al estatuto de tercera fuerza en el marco del bipartidismo argentino. El FREPASO, que representó la tentativa más exitosa en esta dirección, siempre tuvo mucha dificultad para proyectarse más allá de la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires.

7. Por supuesto, la recíproca también puede ser verdad. De ahí la tendencia de los líderes provinciales a buscarse “referentes nacionales” entre los principales actores de la vida política nacional. Pero lo que nos interesa aquí es destacar la importancia del nivel provincial en las elecciones nacionales.

8. La UCR bonaerense se distanció finalmente del gobierno Duhalde, pero sin que este fuera capaz de reunir al PJ detrás de su gestión.

9. Los carapintadas son militares y ex-militares que, a principios de los años 1990 y finales de los 1980, protagonizaron varios motines en demanda de una ley de indulto para los militares responsables de la represión durante la dictadura.

10. Por una reflexión sobre la ley de lemas en el caso de Santa Fe, véase Alberto Petracca y otros, 1997.

Referencias bibliográficas

ABOY CARLES, Gerardo. *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2001.

CHERESKY, Isidoro y otros autores. *Elecciones nacionales del 14 de octubre de 2001. Análisis de los resultados provisorios nacionales y de casos seleccionados*. Buenos Aires: Instituto Gino Germani, 2001.

FRAGA, Rosendo. *Elecciones 99. Análisis de los resultados*. Buenos Aires: Editorial Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, 1999.

NOVARO, Marcos. *Pilotos de tormentas*. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena, 1994.

PETRACCA, Alberto y otros autores. *La democracia santafesina. Ley de lemas y sistemas electorales*. Rosario: Centro de Estudios Interdisciplinarios Políticos y Constitucionales - UNR, 1997.

SIDICARO, Ricardo. *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1999-2001)*. Buenos Aires: Libros del Rojas - UBA, 2001.

Resumen

En marzo de 2003, la Argentina elegirá su próximo presidente de la República en el contexto de crisis que afecta al país. El análisis de las últimas elecciones legislativas de 2001 dibuja un panorama incierto en el que el bipartidismo que dominó la escena política argentina desde 1983 se encuentra cuestionado por los electores. El debilitamiento de los dos grandes partidos se vislumbra tanto en sus resultados globales como en sus implantaciones territoriales, lo que les hace correr el riesgo de perder su protagonismo como actores estructuradores del campo político nacional, dominado por la fragmentación y el voto bronca.

Palabras clave

Argentina, elecciones presidenciales, elecciones legislativas, partidos políticos, sistema partidario, geografía electoral.

Resumo

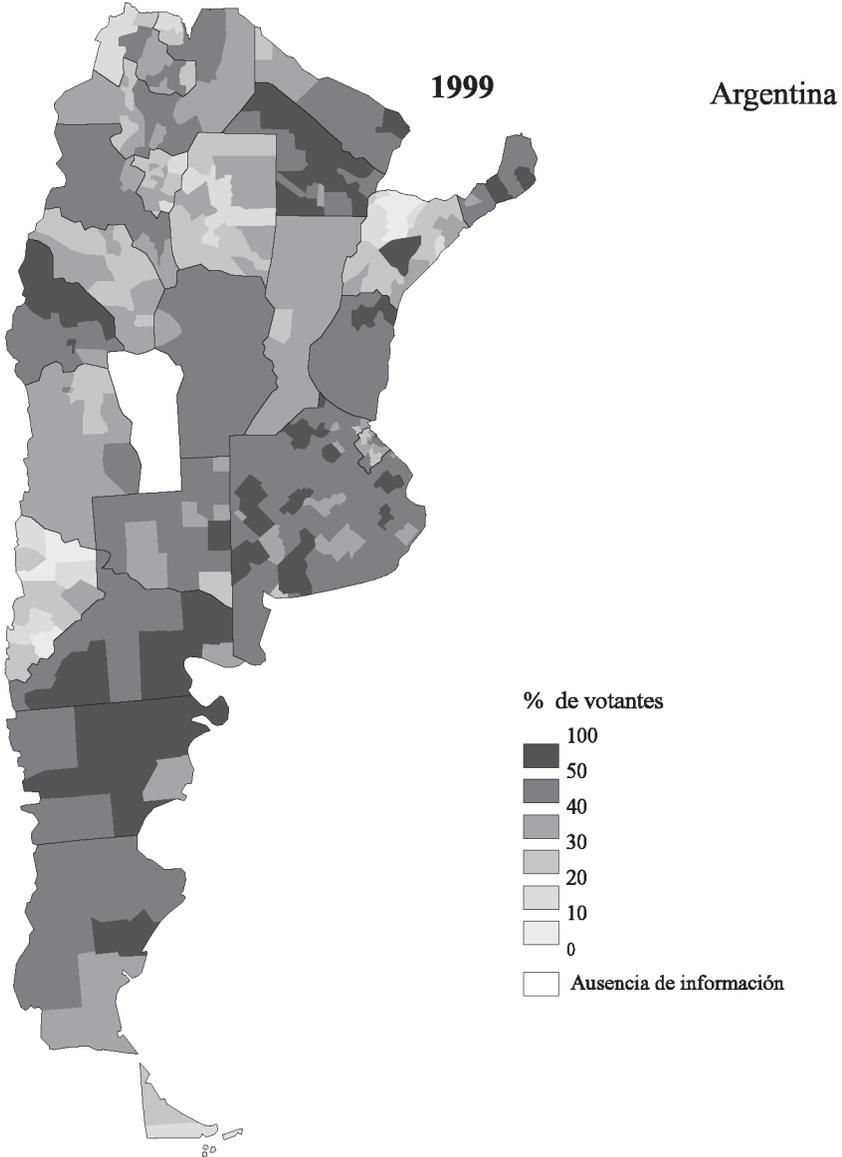
Em março de 2003, a Argentina elegerá seu próximo presidente da República num contexto de crise que afeta o país. A análise das últimas eleições legislativas de 2001 desenha um panorama incerto, no qual o bipartidarismo que dominou a cena política argentina desde 1983 é questionado pelos eleitores. O enfraquecimento dos dois grandes partidos se percebe tanto nos seus resultados globais como nas suas implantações territoriais, o que os faz correr o risco de perder a condição de protagonistas, como atores estruturadores do campo político nacional, dominado pela fragmentação e pelo voto de protesto.

Palavras-chave

Argentina, eleições presidenciais, eleições legislativas, partidos políticos, sistema partidário, geografia eleitoral.

Figura 1

Elecciones legislativas - Alianza para el Trabajo, Justicia y Educación
Eleições legislativas - Aliança para o Trabalho, Justiça e Educação
Legislative elections - Alliance for Labour, Justice and Education
Elections législatives - Alliance pour le Travail, la Justice et l'Éducation



Fuente : Ministerio del Interior de la República Argentina

©2003 - Yann Basset

Figura 2

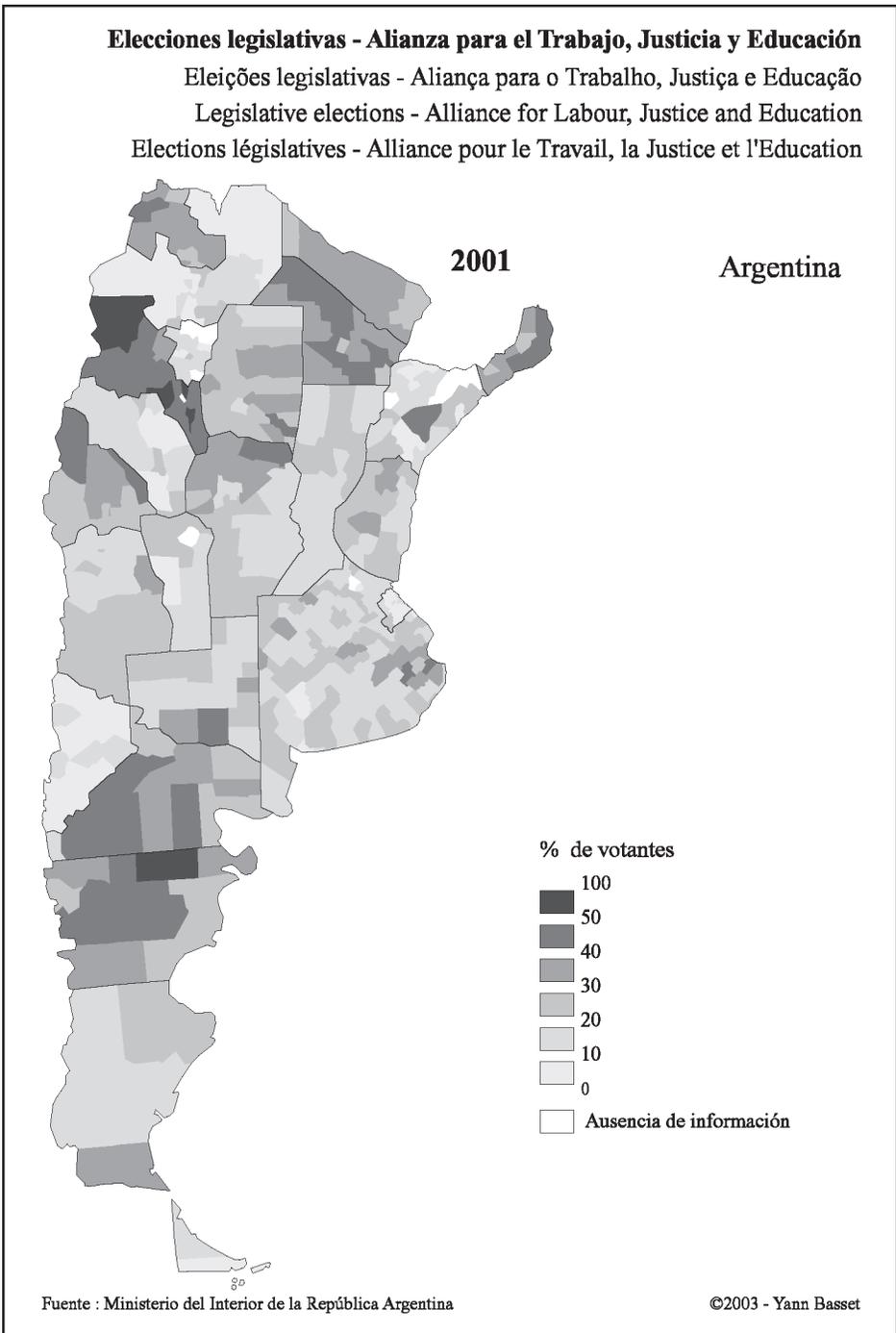


Figura 3

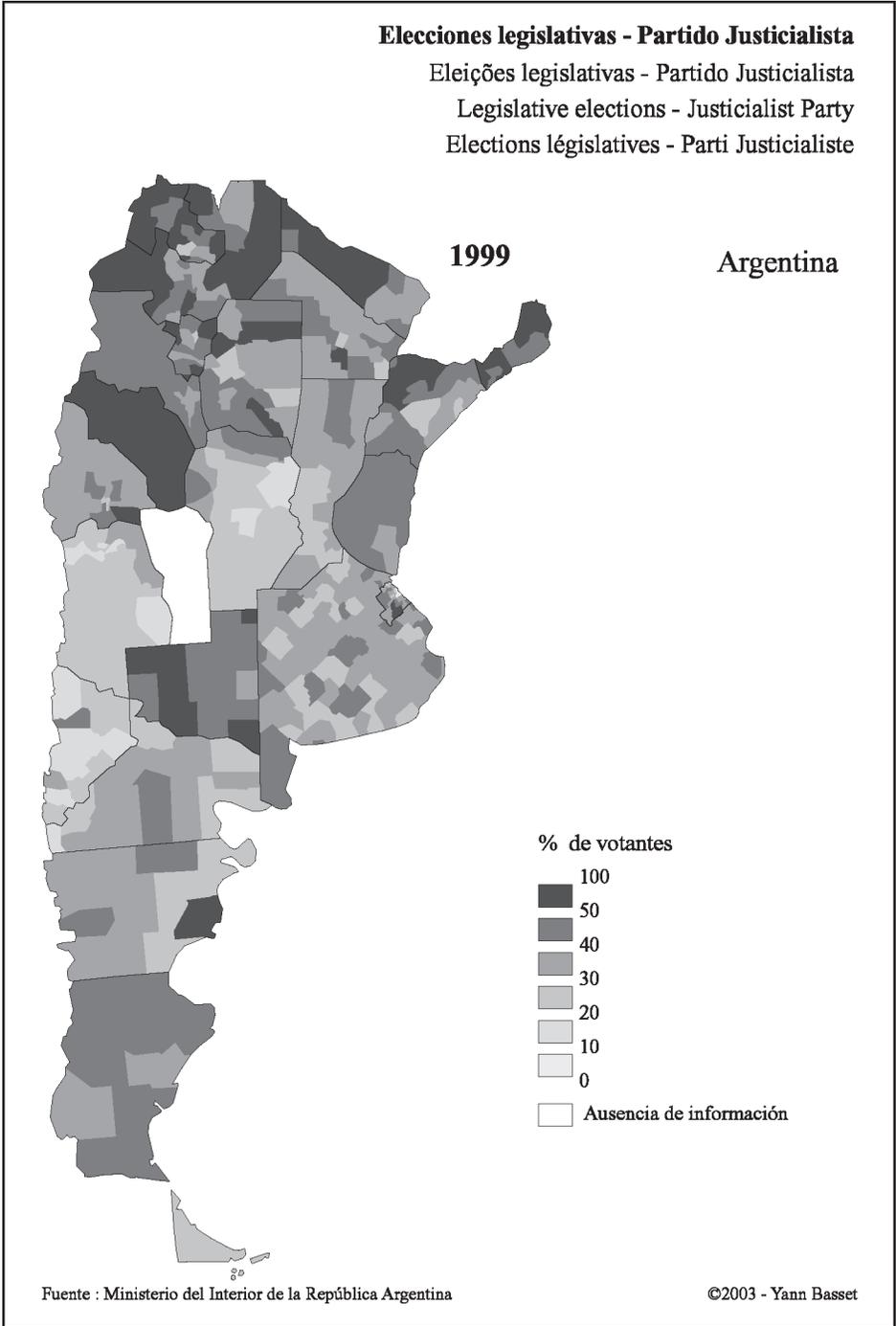


Figura 4

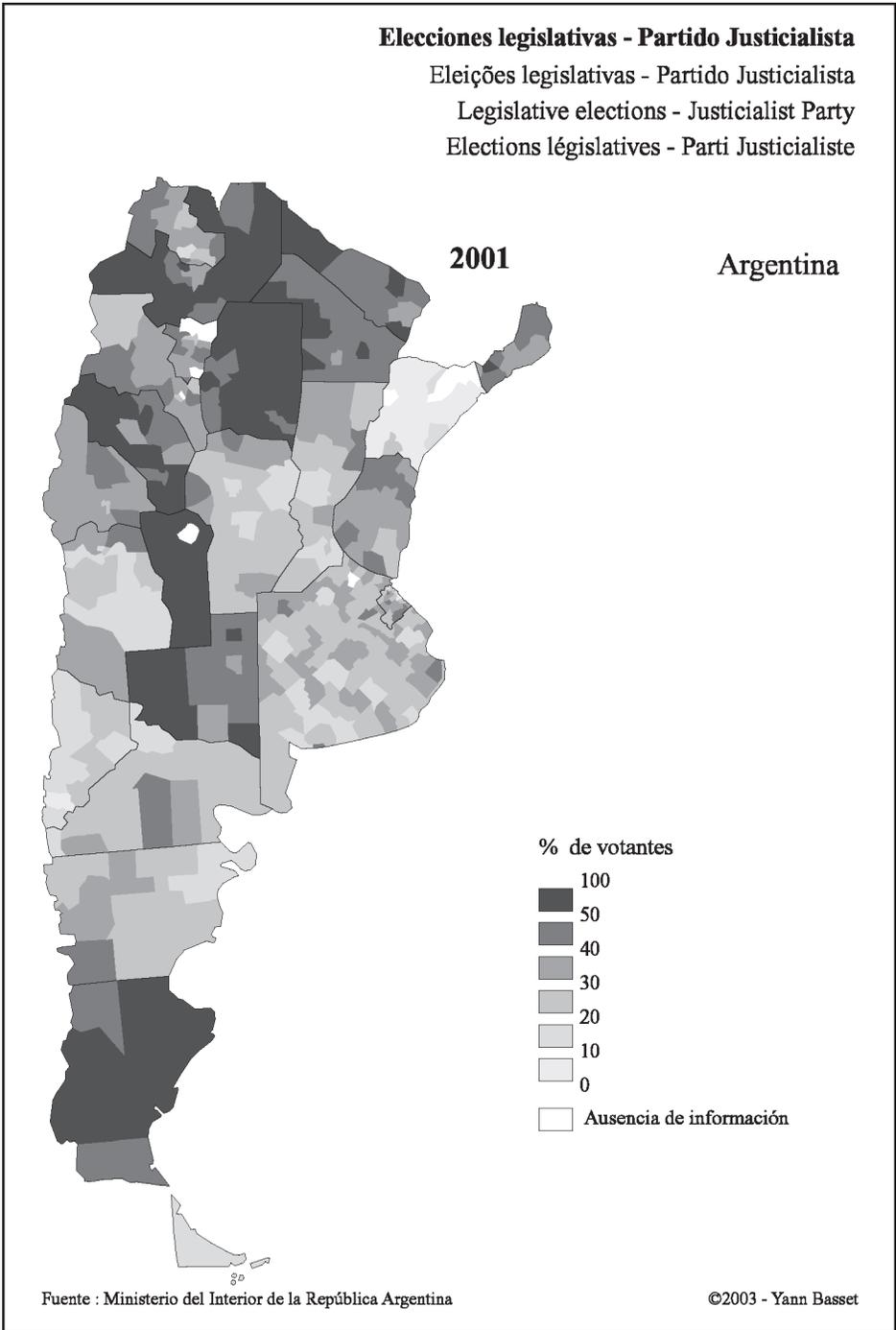


Figura 5

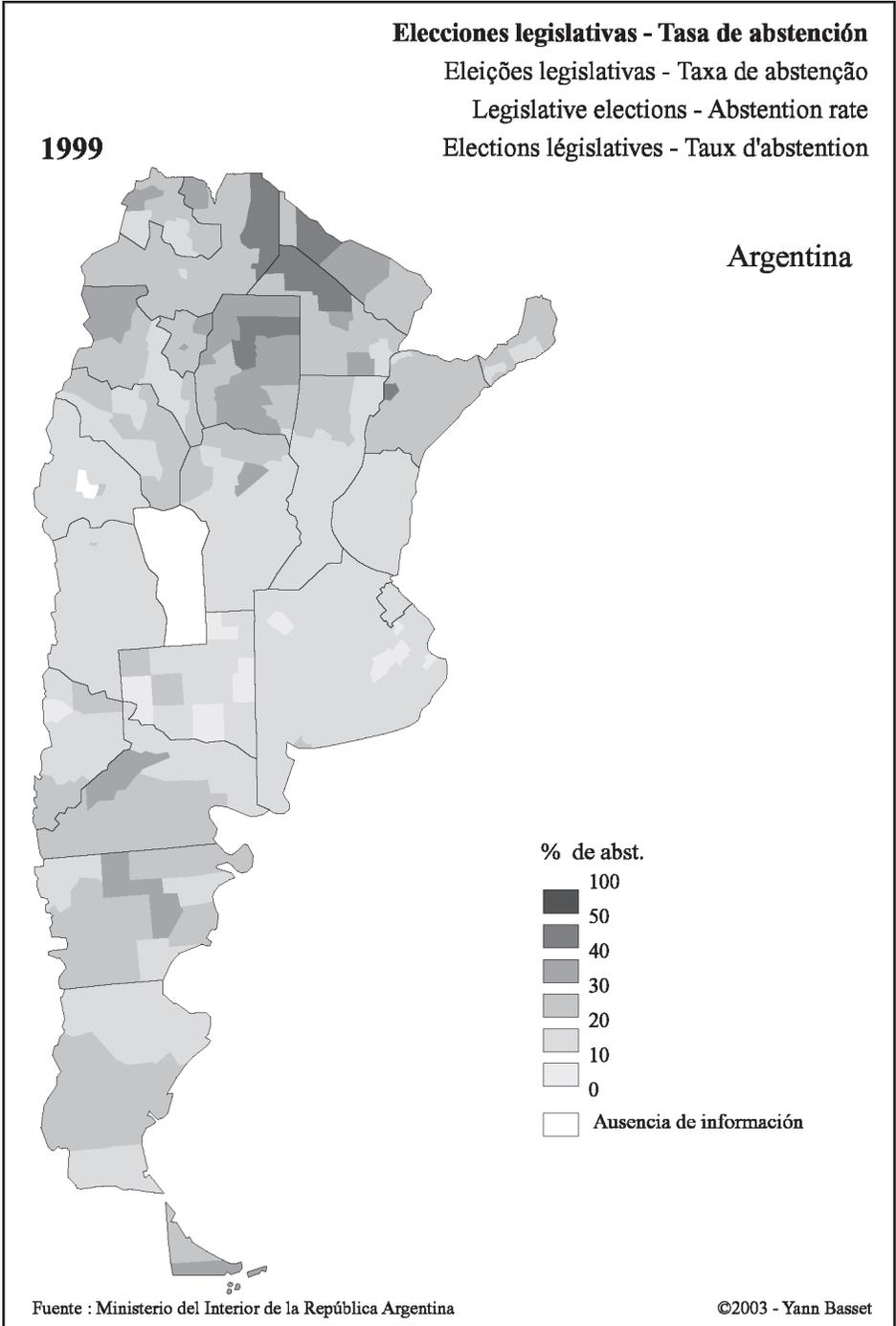


Figura 6

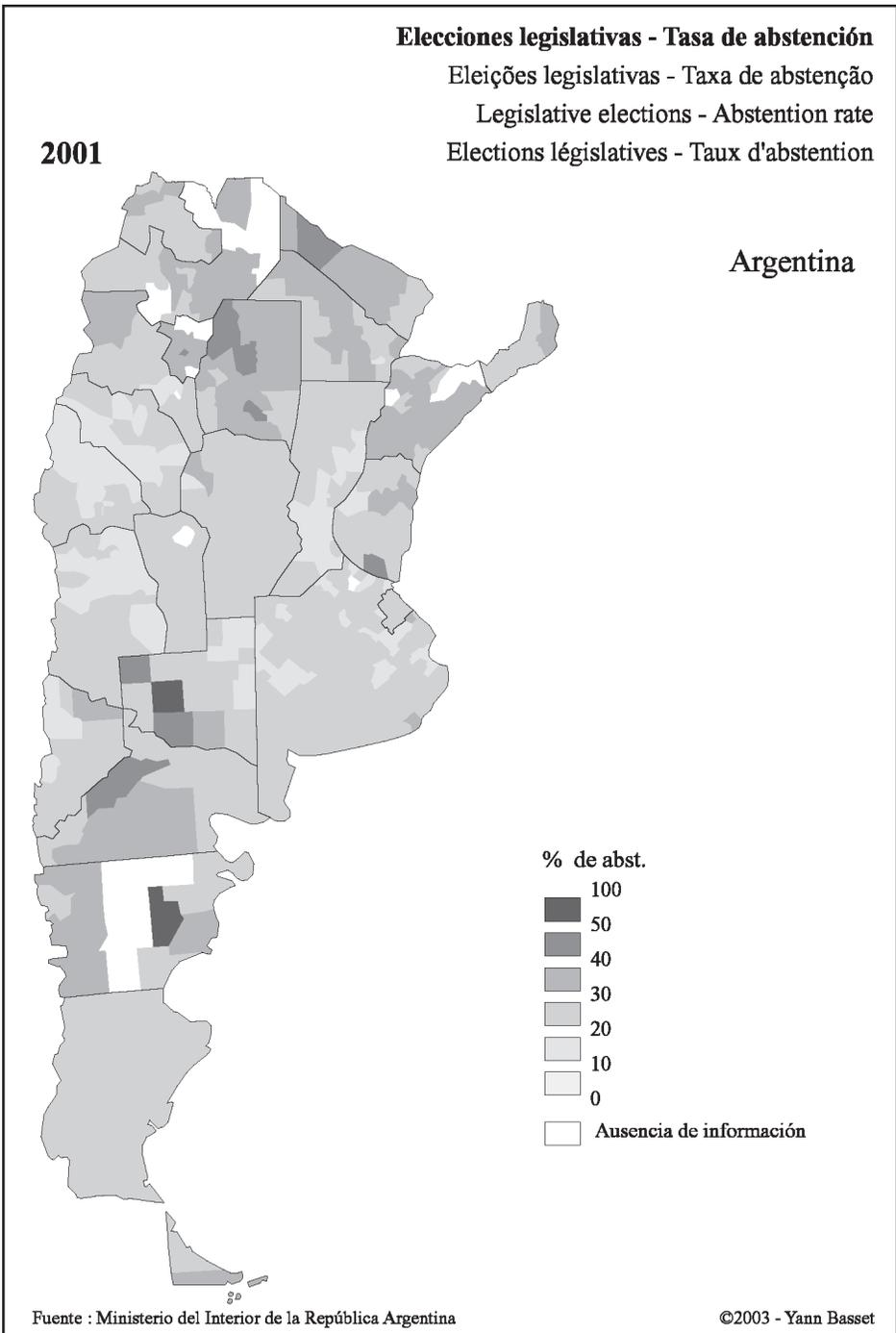


Figura 7

